

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

← BARCELONA 22 DE MARZO DE 1886 →

NUM. 221

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Enrique Serra
Nápoles 1882

CON EL SUDOR DE TU ROSTRO....., dibujo de Enrique Serra

SUMARIO

TEXTO.—Nuestros grabados.—Nido escarbado.... familia disuelta (continuación), por don J. Ortega Munilla.—La Aritmética en la Paremiología, por don José María Sbarbi.—Viaje a Filipinas, por el doctor J. Montano.

GRABADOS.—Con el sudor de tu rostro..., dibujo de Enrique Serra.—Entre patos, cuadro de José Berres.—La reunión de los cazadores, cuadro de M. Correggio.—Monte Carlo.—Lección de canto, cuadro de Hugo Achmichen.—Un partido desigual, cuadro de Zimmermann.—Episodio del ataque de los juramentados.—Caddáveres de los juramentados reunidos después del ataque.—Suplemento Artístico: Muerte de Abel, cuadro de C. Gebhardt.

NUESTROS GRABADOS

CON EL SUDOR DE TU ROSTRO.....
dibujo de Enrique Serra

Quando Enrique Serra partió para Italia, era un joven desconocido: gracias si unos pocos amigos le adivinaron, tendiéndole una mano protectora, cogido á la cual visitó y estudió el país tradicional del arte. Han transcurrido pocos años, y el artista desconocido es hoy un pintor de fama, cuyos lienzos se disputan los inteligentes y cuya creciente reputación es un timbre para España.

Nuestro joven pintor se ha penetrado de la misión que le está confiada y camina hacia el porvenir con la planta firme del que conoce perfectamente el camino recorrido y el que le falta recorrer. Por esto, en lugar de dormirse sobre sus laureles, profundiza cada día más en el arte, y cada obra nueva que sale de su mano, es señalada con un adelanto, con una condición más que avalora el talento y el estudio de su autor.

El dibujo que hoy publicamos es una prueba de ello. Hay en esa figura un aplomo, una corrección, una verdad, que sólo se obtienen después de una profunda observación del natural. Ese trabajador está realmente fatigado; pero la rudeza de la labor no es bastante para doblegar su cuerpo atlético. En su actitud naturalísima se echa de ver que el ardiente sol napolitano le obliga á suspender momentáneamente su faena, pero no acusa la menor debilidad, ni mucho menos abatimiento. Es un hombre que se diría fabricado con lava del Vesubio.

Los que adivinaron á Serra deben estar satisfechos de su obra.

ENTRE PATOS, cuadro de José Berres

El título de este cuadro no es de lo más poético. A pesar de lo cual, la composición no carece de poesía. Es que los patos están en mayoría numérica, pero no en mayoría de importancia, pues la absorbe por completo la interesante pareja que ocupa el centro del lienzo. Hállanse aquellos jóvenes en esa edad difícil en que las pasiones no imperan todavía sobre el organismo, pero se insinúan maliciosamente y se revelan poderosas á la menor ocasión y por la más imprevista causa.

Examinando á esa niña, se echa de ver que algo ignoto se despierta en ella; contempla ostensiblemente al ave, y sin embargo es visto que su pensamiento se encuentra bien distante del vulgar objeto que al parecer llama su atención. El artista ha vencido delicadamente la dificultad que ofrece esta contraposición de lo visible y de lo invisible, punto de transición entre la niña y la mujer, sorprendido é interpretado por Berres de una manera admirable. Alguna mayor malicia caracteriza el semblante y la actitud del mancebo, cuya mirada parece devorar á su joven compañera; pero su osadía es la osadía del niño, y aunque se aproveche de los gansos para disimular su gansada, al menor movimiento de la niña, se espantará de su conato de libertinaje.

En una palabra, el cuadro de Berres es una obra que justifica el caudal de observaciones juntado por su distinguido autor en sus estudios del sentimiento humano.

LA REUNIÓN DE LOS CAZADORES,
cuadro de M. Correggio

Nuestros lectores son ilustrados de sobra para no confundir al autor de este cuadro, artista contemporáneo, con el célebre Correggio, fundador de la escuela pictórica lombarda en la primera mitad del siglo décimosexto.

Peró hay apellidos comprometedores. ¿Quién se permitiría llamar-se Cicerón no siendo un orador notable, ó quién, que no domine nuestro bellissimo idioma, firmaría una carta siquiera con el nombre de Cervantes? El autor de *La reunión de los cazadores* se encuentra en este caso; pero digamos en su defensa, que sortea el peligro con rara habilidad y éxito.

El cuadro que hoy publicamos del moderno Correggio, está lleno de animación en su conjunto y de verdad en cada uno de sus grupos. Tras de una fatigosa, pero no desaprovechada cacería, los émulos de Nemrod, algo menos duros que su predecesor, sienten la necesidad del descanso y acuden al sitio de antemano designado, sitio perfectamente escogido, pues la sombra de sus bien trazados árboles invita al reposo y estimula el apetito. Los criados y gente menuda, que en el campo olfatea siempre dónde se puede sacar la tripa de mal año, se disponen á asar los conejos y venados, víctimas de la expedición cinegética, mientras los cazadores apagan la sed con sendos jarros de cerveza, cuéntanse sus aventuras, ó no se desdían de requerir á una moza rústica, condición que no desentona la escena ciertamente.

En una palabra, este Correggio tiene derecho á llamarse como se llama.

MONTE CARLO

La Cornisa es uno de los más famosos caminos de Europa, y en otro tiempo hablábase más de sus peligros que de sus bellezas, pues prolongábase á lo largo del borde de precipicios y promontorios que llegaban hasta el mar, y era tan escabroso y estrecho, que sólo podía pasar una mula de frente. Dicese que el célebre Dante, al recorrer esta vía solitaria, en ocasión de dirigirse al norte de los Alpes, concibió la imagen del camino del Purgatorio. La parte más grandiosa de la Cornisa es la que domina el pueblecillo de Eza, donde, en la estrecha cordillera que aquí se debe atravesar, divisanse por un lado las nevadas cimas del Col de Tenda, y por el otro las azuladas aguas del Mediterráneo, distinguiéndose también en lontananza, cuando la atmósfera está muy serena, los blancos picos de Córcega. Después del pueblecillo de Eza, tan pintoresco como antiguo, se encuentra el de Turbia, con su maciza torre romana, que data de la época de César Augusto; en otro tiempo debía tener un aspecto muy imponente, con sus pilares dóricos á los lados, y sobrepuesta de la colosal estatua de dicho emperador, que mide veintidos pies de alto.

Desde Turbia, una senda muy escarpada, que forma una especie de escalera de anchos peldaños de tierra endurecida, conduce á Mónaco.

Hay una carretera, mucho más conveniente para el viajero, sobre todo por lo pintoresca, pues prolongase entre una serie de rocas grises de caprichosas formas, algunas de las cuales parecen verdaderamente castillos ó fortalezas, y atraviáanse además deliciosos bos-

ques, cuyas esencias perfuman el ambiente. El camino que conduce desde Niza á Mónaco es igualmente encantador; más allá de Villafrauca y Beaulieu desarróllase un panorama grandioso que con justa razón excita la admiración del viajero, aunque también podrían infundirle pavor los espantosos precipicios, del todo perpendiculares, que llegan hasta el mar, y entre los cuales está abierto el camino.

Una vez en Mónaco, el primer punto que el viajero suele visitar, es Monte Carlo, lugar demasiado conocido para que sea necesaria una minuciosa descripción. Basta decir que es el punto más delicioso y encantador que puede encontrarse en la región de que hablamos. La naturaleza y el arte parecen haberse combinado allí para seducir la vista y estimular la imaginación; el contraste que con esta especie de oasis ofrecen los descarnados precipicios, en los cuales no crece ni la más misera planta, es verdaderamente notable; y si la aspereza de las rocas no seduce la vista, en cambio una vigorosa vegetación, casi tropical, embellece en el más alto grado este sitio. Los terrados y los jardines de Monte Carlo son verdaderamente admirables, y no menos preciosas las quintas de recreo situadas en la pendiente donde se halla el Casino, edificio que llama la atención por su magnífico decorado y sus ricos adornos. En los jardines de Monte Carlo abundan los naranjos y limoneros, las palmeras y los olivos. En las partes oriental y occidental se han formado últimamente verdaderas ciudades, donde se halla toda la comodidad que el viajero pueda apetecer. Nuestro grabado representa el punto que llaman Terrado de Monte Carlo, y Mónaco visto de lejos.

LECCIÓN DE CANTO, cuadro de Hugo Achmichen

No son los cuadros como los diamantes que se avaloran por su tamaño, ni como las novelas para folletines que se pagan según su enredo. Un asunto pequeño y una tela tan no pequeña como el asunto, pueden contener maravillas de ejecución.

En este caso se encuentra nuestro cuadro de Achmichen, de género naturalista, de asunto hasta manoseado á puro repetido; y que sin embargo, se contempla con satisfacción y se aplaude con justicia. Hay en la totalidad de la composición tal armonía, hay tanta naturalidad y expresión en los semblantes, están tan bien colocadas y son tan atractivas sus figuras, que del conjunto de esas circunstancias nace precisamente una impresión simpática, una fuerza de atracción muy superior en apariencia á la importancia del cuadro. Y con esto se demuestra una vez más que para el verdadero genio no hay asuntos pequeños. Y si no que lo diga (¡por desgracia no puede decirlo!) el inmortal autor de LA VICARIA.

UN PARTIDO DESIGUAL, cuadro de Zimmermann

Otro cuadro de costumbres y otro modelo de ejecución. También su asunto ha sido tratado repetidas veces, lo cual se explica teniendo en cuenta que ninguna pasión como la del juego es susceptible de tan profundas impresiones, desde las más cómicas hasta las más trágicas.

Generalmente, los artistas han escogido el primer temperamento; y sin embargo, el segundo se presta á grandes composiciones para los pintores de verdadero aliento. Zimmermann, en el cuadro que publicamos, figura entre aquellos, y por tanto no ha elevado el asunto; pero ha producido maravillas de verdad y de naturalidad y una variedad de sensaciones á cual mejor interpretada. El mérito de esta composición resalta más teniendo en cuenta su título: raras veces la ejecución ha correspondido tan magistralmente al pensamiento de un autor.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

MUERTE DE ABEL, cuadro de C. Gebhardt

Entre los asuntos culminantes tratados pictóricamente, el de la muerte de Abel ha inspirado á diferentes artistas: verdad es que pocos, ó ninguno, pueden superarle, pues no se trata solamente en él de un homicida y de una víctima, sino de la primera víctima y del primer homicida. Y así como la imaginación se complace en figurarse al primer hombre y á la primera mujer como modelos de belleza escultural, así la idea del primer crimen se nos presenta revestida de cuantas circunstancias pueden agravar la delincuencia y rodearla de mayor estremecimiento en la naturaleza.

Así lo ha comprendido Gebhardt, y como sus facultades artísticas se hallan á la altura de su potente concepción, ha producido una obra grandiosa, sorprendente, conmovedora. En un escenario hábilmente dispuesto para causar la impresión debida, estallan conjuntamente dos grandes sentimientos, debidos á una misma causa; el del remordimiento personificado en Caín, el del dolor personificado en Eva. La figura de esta última es un portento de expresión. El fratricida, como retenido en aquel lugar por las cadenas de su delito, no puede apartar los ojos de su víctima: mudo, aterrado por su propia obra, parece querer arrancarse el pensamiento torturador que no le abandona; la madre, doblemente herida por el crimen y la calidad del criminal, no tiene ojos sino para su hijo asesinado; quiere dudar de su desdicha, quiere negar la verdad horrible. A todo esto los elementos se desencadenan, y sobre el fragor de la tempestad, domina la voz del Eterno, pidiendo cuentas á Caín de la vida de su hermano.

Este lienzo es de un mérito superior y basta él solo para formar una envidiable reputación al artista que tan valiosa prueba ha dado de su talento.

NIDO ESCARBADO.... FAMILIA DISUELTA

POR DON J. ORTEGA MUNILLA

(Continuación)

Ella le separó sin replicar y fué á sentarse en una silla que estaba al lado de una ventana, desde la cual se divisaba un jardín.

—Angel, aquí tiene V. á mi lado otra silla, —dijo Antonia.

Armengol tomó la silla que le había indicado Antonia y la puso delante de ella.

Eran las cinco de la tarde.

El sol se aproximaba á su ocaso, envuelto en su sudario de púrpura y de oro, mientras que las sombras iban descendiendo sobre la tierra desplegando su manto de oscuridad y de misterio.

La habitación de Antonia iba quedándose poco á poco entre tinieblas. Un venticillo fresco y juguetón agitaba los flecos de las cortinas que estaban sobre la puerta. Y el rumor sordo y lejano de la corte llegaba hasta allí como un murmullo de aguas, convidando al sueño.

Armengol estaba mirando atentamente á Antonia, y no pudo menos de confesarse al fin que era hermosa y que merecía ser amada.

Desde que acaecieron los últimos sucesos, una trasfomación se había verificado en su alma.

Como jamás hubiera creído, aquella mujer, que no era ni duquesa ni elegante, ni ofrecía ninguno de los atractivos que hasta entonces le habían llevado hacia las mujeres, con su hermosura algo zafia y su condición apasionada y violenta, había conseguido tocar en el corazón de Armengol.

Este, por su parte, si se había dejado prender en tales redes amorosas, más había sido por condescendencia y reconocimiento que por verdadera pasión.

Antonia le gustaba porque, en efecto, era hermosa; si la quería, más se debía atribuir á capricho ó á una de esas coincidencias del azar, las cuales, por pequeñas que sean, suelen á veces revestirse de cierta importancia en la vida de los hombres y torcer el curso de su destino.

Armengol la encontró en su camino y se paró un rato á descansar á la fresca sombra de un árbol y á beber las aguas de un arroyuelo que serpeaba por allí cerca.

Llegó la noche.

Antonia y Armengol, ya con miradas, ya con frases, se habían mostrado en aquella primera entrevista de amantes, el cariño que se tenían.

Durante este tiempo había mediado entre ellos una correspondencia íntima de pensamientos y de ensueños, que habían concluido por completar aquellas dos almas, confundíendolas en un solo sér.

De pronto se abrió la puerta del cuarto.

El empleado de Hacienda volvía de la oficina á su casa donde le esperaba su tierna esposa, haciendo una obra de caridad, es decir, visitando á los enfermos.

X

EL GRAN ESPECTÁCULO

Los carteles del Teatro Real anunciaban, para dentro de pocos días, el debut de una gran artista que iba á cantar el papel de *Rossina* de la ópera del inmortal Cisne de Pésaro.

Angel Armengol, como se había restablecido algo de su enfermedad, acostumbraba á salir á la calle siempre que hacía bueno y se lo permitía el estado de su ánimo, en el cual apenas si entraba la alegría.

Tres tardes después á la en que tuvo lugar la entrevista de Angel y Antonia, leía el primero en el gran cartelón colocado en la esquina del teatro de la Opera, el anuncio del debut de la artista Herminia Sannazaro en el papel de *Rossina*, cuya función había de celebrarse aquella misma noche.

Armengol concibió la idea de llevar á Antonia á este espectáculo, el cual hacía ya algún tiempo que no había presenciado.

Tentó el pulso á su bolsa y la encontró poco menos que muerta.

Angel pensó entonces en un recurso en el que hasta aquel momento no había parado mientes en su vida. Por primera vez pensó en llevar al Monte de Piedad el reloj y la cadena de oro que condecoraban su pecho de hombre rico.

—Puesto que ya no lo soy, —dijo, —arranquémonos una distinción que no me pertenece, ni es símbolo de mi situación actual.

Cogió, pues, sus joyas y las llevó al Monte de Piedad.

En el Monte de Piedad le dieron por la cadena y el reloj mil reales; todo valía tres veces más, pero Armengol no podía apelar á otro recurso y le aceptó reconocido y sin vacilaciones.

Con su dinero en el bolsillo corrió al despacho de billetes del teatro de la Opera. Ya no había ninguna localidad en contaduría, los pocos billetes que quedaban libres estaban en manos de los revendedores y pedían por ellos un sentido.

Armengol no tuvo más remedio que dar lo que querían aquellos tunantes, que sabían también aprovechar las ocasiones, y compró tres asientos de palco, dos para Antonia y su esposo, y otro para él.

Le parecía que por bueno que fuese D. Juan, no consentiría que su mujer fuese sola con un joven al teatro; así, para obligarla á ir, había adoptado la resolución de que su esposo la acompañara, tomando para él también billete.

Volvió á su casa Armengol, entró en su cuarto, se arregló algún tanto su traje y pasó á la habitación de Antonia. Esta se hallaba con su esposo.

—Dios guarde á mis vecinos, —dijo Armengol en tono risueño. —¿Cómo les va á ustedes?

Tomó una silla y se sentó, dejándose caer para atrás sobre la pared.

—¡Qué cansado vengo! —añadió.

—¿Pues qué ha hecho V.?—le preguntó Antonia con cierta coquetería.

—¡Ay, Antonia! mucho y nada.

—Vea V. una cosa, —dijo el viejo, —que yo no comprendo bien.

—Hay cosas que no se comprenden nunca, señor don Juan,—replicó Armengol dirigiendo sus ojos hacia Antonia.

Esta, que le estaba atentamente mirando desde que entró, bajó los suyos al suelo y se puso colorada como una amapola.

—Es verdad, —dijo el empleado sin apercibirse de la turbación de su mujer.

—Señores, esta noche vamos todos á la Opera.

—¡Jinajo! ¡qué sorpresa! —exclamó el viejo echándose

á reír con todas sus ganas.

Antonia levantó del suelo sus hermosos ojos y los puso sobre Armengol llenos de ternura y de satisfacción. Sólo se limitó á decir:

—¿Y por qué ha hecho V. eso?

Don Juan seguía aún riendo estúpidamente. Cuando terminó, se puso un poco serio, y con tono mísero y aflictivo, exclamó:

—Sí, señor; ¿para qué ha hecho V. eso? Nosotros no empleamos nunca el dinero en diversiones. Es una lástima gastarlo en entretenimientos cuando se necesita para tantas cosas...

—Dejemos ahora los sermones para la cuaresma, — interrumpió Armengol. — Lo que importa es que Vds. se preparen. Mientras tanto, yo voy á dar una vuelta, y por si me alejase demasiado y no pudiera volver aquí con tiempo, sobre esta mesa dejo los billetes de Vds., y allá nos veremos todos...

Armengol salió de la habitación de Antonia.

Pasado el tiempo que imaginó que habría ésta tardado en vestirse y adornarse, volvió á entrar en su cuarto.

Esta vez se hallaba sola.

—¿Y D. Juan? — preguntó Angel.

—Calle V., — dijo esta riéndose. — Mi marido es el hombre más raro y más extravagante del mundo. ¿Pues no ha ido á vender el billete que V. le ha dado? Me suplicó le dijera que habían venido á buscarle para un asunto que corría mucha prisa y que no podía desatender.

—Según eso, — replicó Armengol, — ¿iremos solos al teatro?

—Solitos, en amor y compañía, — contestó picarescamente Antonia.

Los dos amantes se dirigieron al teatro de la Opera.

Eran las ocho y media de la noche.

XI

EN LA ÓPERA

Cuando Antonia y Armengol llegaron á las puertas del teatro Real, una multitud se apiñaba sobre ellas, deseando todos entrar á la vez para oír á la célebre *diva*, que de universal renombre venía acompañada.

Hermínia Sannazaro había cantado en los mejores coliseos de Europa y del Nuevo Mundo, donde había conquistado mucha fama, muchos lauros y no poco dinero.

En todos los papeles de su repertorio, que no era muy escaso, rayaba por sus excelentes condiciones de voz, de timbre y sonoridad á grande altura. Pero en el que más principalmente mostraba su talento, su gracia, su agilidad y su dulzura era en el de *Rossina*. Por eso hacía todos sus *debuts* con la ópera *Il Barbiere*.

Antonia y Angel entraron por fin en el teatro y se instalaron en sus sitios respectivos.

Eran ya las nueve de la noche; la función estaba á punto de empezarse.

El director de orquesta alzó la batuta, dió la señal sobre el atril que tenía delante, y un torrente de armonía, ora risueña y picaresca, ora dulce y amorosa, ora ronca y alborotada, anunció que la sinfonía de *El Barbero de Sevilla* se extendía por los ámbitos del regio coliseo como una bandada de aves que se mezclan, se confunden, vuelan en todos sentidos, se cruzan, se separan y se esparcen cantando cada una en el tono peculiar con que la dotó la naturaleza.

Los dos amantes, mientras se tocaba la sinfonía, se entretuvieron en mirar el brillante aspecto del teatro.

Desde sus asientos se divisaba todo él.

(Continuará)

LA ARITMÉTICA EN LA PAREMIOLOGÍA

En la última de las notas que puse á mi artículo anterior, ofrecí dar en su día cuenta del mayor desarrollo que obtuvieron sucesivamente mis indicaciones paremiológicas en la consabida tertulia, acompañando mi promesa de estas circunstancias que transcribo literalmente: *si la varita no se rompe, ó, como decía mi difunta abuela, si Dios quiere, y Juan viene*. Que la *varita*, ó la vara, no se ha roto, así como que *Dios* se ha servido de concederme que siga manejándola, el presente artículo es prueba terminante de ello; ahora, en lo de haber venido *Juan*, ya eso nos obliga á entrar en algunas consideraciones previas.

Cosa es que siempre me ha hecho títere en la cabeza la circunstancia de ver figurar las palabras *Juan* y *Pedro*, más que las de ningún otro nombre de persona, en nuestros refranes y locuciones proverbiales, por lo que he dedicado no pocas vigilias á la solución de semejante enigma. ¿Qué razón puede militar, en efecto, para tal preferencia? ¿Será la circunstancia de ser más comunes y usuales estos nombres que los de Dionisio, Evaristo ó Mamerto? Pero, en igual caso que aquéllos se hallan Manuel, José, Francisco y Antonio, y sin embargo, no salen á relucir fácilmente en nuestras frases vulgares. Hay más: cuando en la conversación, ó en algunos textos gramaticales, se aducen tres ejemplos seguidos, es lo más frecuente poner los dos primeros en cabeza de *Pedro* y de *Juan*, y el tercero á nombre de *Diego*, circunstancia que creo da la clave del enigma, ó mucho me equivoco, pues sabido es que *Pedro*, *Santiago* (ó *Diego*) y *Juan* fueron, en concepto de

discípulos predilectos de Jesús, lo que pudiéramos llamar sus compañeros de glorias y fatigas, como sucedió, v. g., en la Transfiguración del Mesías en el alto del monte Tabor, y en el monte Olivete, ó sease *donde Cristo dió las tres voces*, exhortándolos á que permanecieran despiertos. Sea como quiera, dichos nombres representan, paremiológicamente considerados, un supuesto impersonal, del mismo modo que *Fulano*, *Zutano* ó *Mengano*, y, para mi objeto, el *Tiempo* ó el *Momento* oportuno de continuar yo mi interrumpida tarea, por lo que, sin más preámbulos, arrequives ni zarandajas, volveremos á instalarnos en la consabida tertulia.

En resumidas cuentas, propuse aquella noche que, al seguir jugando á los refranes, lo hiciéramos en términos que cada propuesta había de envolver en sí, ya explícita, ya tácitamente, algún número, con objeto de poner de relieve la influencia que ejerce *La Aritmética en la Paremiología*, á cuyo efecto abrí el camino, á ruego de la concurrencia, y por vía de ejemplo, diciendo:

— *Estar á la cuarta pregunta*. Frase con que se pondera que alguien se encuentra tan apurado é indigente, como que carece de los recursos necesarios para atender á su subsistencia. ¿Qué cuarta pregunta será ésta?...

Confieso mi verdad, que, después de reflexionar detenidamente sobre el asunto, no he hallado solución más satisfactoria que la que, con cierto temor, procedo á emitir.

Todos saben que en el Catecismo de la Doctrina Cristiana, al explicarse la Oración dominical, se divide ésta en partes, correspondientes á cada una de las 7 peticiones en ella contenidas. Pues bien, al preguntarse:

¿Qué pedís en la cuarta petición?

y contestarse, poco más ó menos:

Que nos dé Dios el mantenimiento conveniente para el cuerpo, el espiritual de la gracia, y sacramentos para el alma, ha pretendido ver el vulgo quizás un emblema del hombre actualmente necesitado, del hombre que carece absolutamente de pan; y como quiera que ese vulgo es inclinado por naturaleza á emplear las metáforas más adecuadas y pintorescas, de ahí que seguramente no habrá encontrado tropo más expresivo para representar la extremada miseria de alguna persona, que figurársela como el doctrino á quien preguntándole el Catecismo, y tratándose del Padre nuestro *se halla á la cuarta pregunta*.

Por extensión se dió más adelante á esta locución proverbial la significación de quedarse chafado, ó sin saber qué contestar, un sujeto. —

Multitud de aplausos resonaron á mi alrededor, debidos á la bondad de los circunstantes; sólo el señorón *academólogo* de que ya tienen noticia mis lectores, permaneció indiferente, hasta que, pasado el estrépito laudatorio, dijo, aun no bien escarmentado del revolcón que llevara en la tertulia anterior:

— No sé si debe exigírsele, ó nó, prenda á este caballero, nó por la explicación que de la significación de esta frase proverbial ha dado, sino por el origen que le ha atribuido. Creo que el verdadero origen de dicha locución es el siguiente:

En los interrogatorios para justificaciones de testigos sobre varios objetos, y entre ellos el de acreditar pobreza ó insolvencia, es muy común comprender dicho extremo en la *cuarta pregunta*, concebida poco más ó menos en los siguientes términos: «*Cuarta*: como Fulano carece de bienes y rentas, y es *pobre de solemnidad*, no teniendo más medios de subsistencia que los que se proporciona con su trabajo personal ó mediante la limosna de algunas personas caritativas, etc.» He dicho.

— Pues ahora me toca á mí decir, — repliqué yo, — empezando por manifestar lo poco afecto que á la gente curialesca soy, por hallarme convencido, á pesar de los pocos años que cuento, de que las leyes se parecen en su deficiencia á las telarañas, donde, mientras queda preso el mosquito, salen libres y sin costas los moscones, ó, valiéndome de la letra del refrán español, *la telaraña, suelta al rato y á la mosca apaña*.

Ahora bien, no obsta á mi antagonismo hacia la llamada Ciencia del Derecho (que yo llamaría más bien del *Tuerto* ó del *Entuerto*) el conocer que no siempre recae en los interrogatorios por V. citados semejante pregunta en el *cuarto* lugar, como muy oportunamente ha manifestado V. al expresar que «es muy común comprender dicho extremo en la *cuarta pregunta*;» luego, si no siempre ocupa semejante cláusula el *cuarto* lugar del interrogatorio, y la petición de *el pan nuestro de cada día dánosle hoy* lo ocupa constantemente en el orden de los que componen la Oración dominical, síguese que mi propuesta tiene más probabilidades á su favor que la por V. indicada. —

Nuevos signos de aprobación se declararon á favor de mí, con lo cual quedé serenada aquella nube de verano, aun cuando nos halláramos á la sazón en pleno invierno. Acto continuo me dirigí á uno de los circunstantes, mozo de bastante provecho y no pocas esperanzas, como lo acreditó en lo sucesivo ocupando uno de los puestos más distinguidos y pingües del Estado, manifestándole que se hallaba en el uso de la palabra, el cual en su verbosidad, pues antes reventara que quedarse callado por nada de este mundo, dijo así:

— *Las siete hermanas: una, coja; cinco, sanas; y una, santa*. Dicho festivo que se aplica antonomásticamente á la Cuaresma, por constar de *siete* semanas (que son las *hermanas* aludidas) comprendidas bajo esa calificación, en el orden siguiente: la *coja*, en atención á comenzar el Miércoles de Ceniza, y no ser por lo tanto completa; las *sanas*, las llamadas 1.^a, 2.^a, 3.^a y 4.^a de Cuaresma, junto

con la subsiguiente, denominada de Pasión; y la *santa*, comprendida desde el domingo de Ramos hasta el Sábado de Gloria, así calificada á consecuencia de haberla destinado la Iglesia á conmemorar de un modo solemne y especial la Pasión y Muerte de nuestro divino Redentor. —

Atronadoras palmadas y ruidosos bravos surgieron luego del concurso, no siendo yo quien menos se los prodigó al disertante, tanto más cuanto menos esperaba semejante *salida*. Pero, aficionado á las *de pie de banco* nuestro criticastro de marras, no podía quedarse callado, por lo que se descolgó con la siguiente *pata de gallo*:

— ¡Prenda, y más prenda! Aquí se trata de *refranes*, y no de *adivinas* (1). —

En esto, convirtiéndose la sala en un nuevo campo de Agramante, dándole unos la razón al censor, y quitándole otros; mas, tomando yo la defensa del disertante, dije así, poco más ó menos:

— El señor D. N. ha estado en su derecho al citar el dicho de esas *siete hermanas*, no sólo como verdadero *refrán* y *proverbio*, legítimo por todos cuatro costados, sino en fuerza de que algunas *adivanzas* pertenecen de hecho á la jurisdicción de la *Paremiología*. En prueba de ello recuerdo ahora que se dice:

Viejecita arrugadita, y en el pico una tranquita,

quisicosa que se refiere á la *uva seca ó pasa*, y, sin embargo, figura en la colección de los *refranes* publicados en Salamanca, año de 1555, por el Pinciano; no veo, pues, motivo justificado para que se le imponga al disertante la pena de soltar prenda. —

Convenidos todos en la razón que asistía á defensor y defendido, encaróse éste con su reprensor, á quien se le conocía que ya estaba desmereciéndose por hablar, el cual dijo así:

— *Tres contra uno, vuélvome grullo*. Este refrán aconseja que, cuando se lucha con fuerzas superiores, lo más prudente es retirarse; como me sucede ahora con respecto á esta ilustre asamblea, cuyos individuos todos parece que se han conjurado contra mí.

— Eso nó, señor D. N., — gritamos todos á una, apresurándonos á darle á aquel sujeto las más amplias satisfacciones. Y conociendo yo su carácter envidioso, después de serenada la borrasca tomé la palabra, y le dije:

— Dispénsame V. le diga que no le asiste razón alguna para la aplicación que de dicho adagio acaba de hacer, y, como primera prueba de ello, vea V. cómo toda la reunión aprueba desde luego, tanto el enunciado del refrán, cuanto su explicación; con lo que no puede conformarse de ningún modo es con la aplicación que V. ha hecho á su personalidad, por todos títulos respetable, como las de todos los individuos aquí presentes. Creo, por tanto, señor D. N., que ha sido una broma inocente la susodicha aplicación por V. empleada, tal vez por lo breve de su explicación al no ocurrírsele más que decir acerca del particular. Antójaseme, sin embargo, que V., que tan aficionado es al texto académico, podía haber agregado: «La Academia enuncia esta locución por los términos siguientes: *Dos á uno tornarme he grullo*;» y añadir á continuación (que en su vasta literatura no le hubiera sido difícil) como los antiguos decían *Ne Hercules quidem adversus duos*, fundados en los juegos de los gladiadores, así como nuestro dicho proviene de un juego de muchachos, etc.

Como segunda prueba, recuerde V. que no há mucho se le impuso prenda á la señora doña N., por haber dicho el refrán gaditano

Lo que es churri, yo no sé; pero burris, hay bastantes. —

Trunco y trueco aquí el relato del anterior discurso, porque ya me figuro al lector, ó á la lectora, que muestra curiosidad por saber en qué términos se produjo la señora doña N. con ocasión del refrán que sacó á colación, y la causa de habersele impuesto la condigna pena. A este fin, abro un paréntesis, y digo:

La individua aludida era abuela de la joven que, como vimos en el artículo anterior, mostraba indiferencia, si no desdén, á las pretensiones amorosas del académico, y, abundando en el sentimiento de su nieta, tenía igualmente *sentado en la boca del estómago* (metafóricamente, se entiende), á aquel sujeto. Si con intención, ó sin ella, porque ¡vaya V. á averiguarlo! lo cierto es que cuando le tocó á dicha señora proponer su ejemplo, lo hizo así:

— Señores, mi regular edad me hizo conocer en esta ciudad, muchos años há (¡quién volviera á aquellos tiempos, y lo pasado, pasado!), á un canónigo de la Catedral, que se llamaba D. Antonio Trianes. Habían vacado por la época á que me refiero algunas prebendas en la santa Iglesia gaditana; y como se disputara en una tertulia acerca del mérito un tanto equivoco de los sujetos sobre quienes acababa de recaer la provisión de dichas plazas, y uno de los circunstantes se dirigiera al lector Trianes, preguntándole: «¿No es verdad, señor canónigo, que de algún tiempo á esta parte está entrando en la Catedral de Cádiz mucho *churriburri*?» respondió el prebendado:

Lo que es churri, yo no sé; pero burris, hay bastantes.

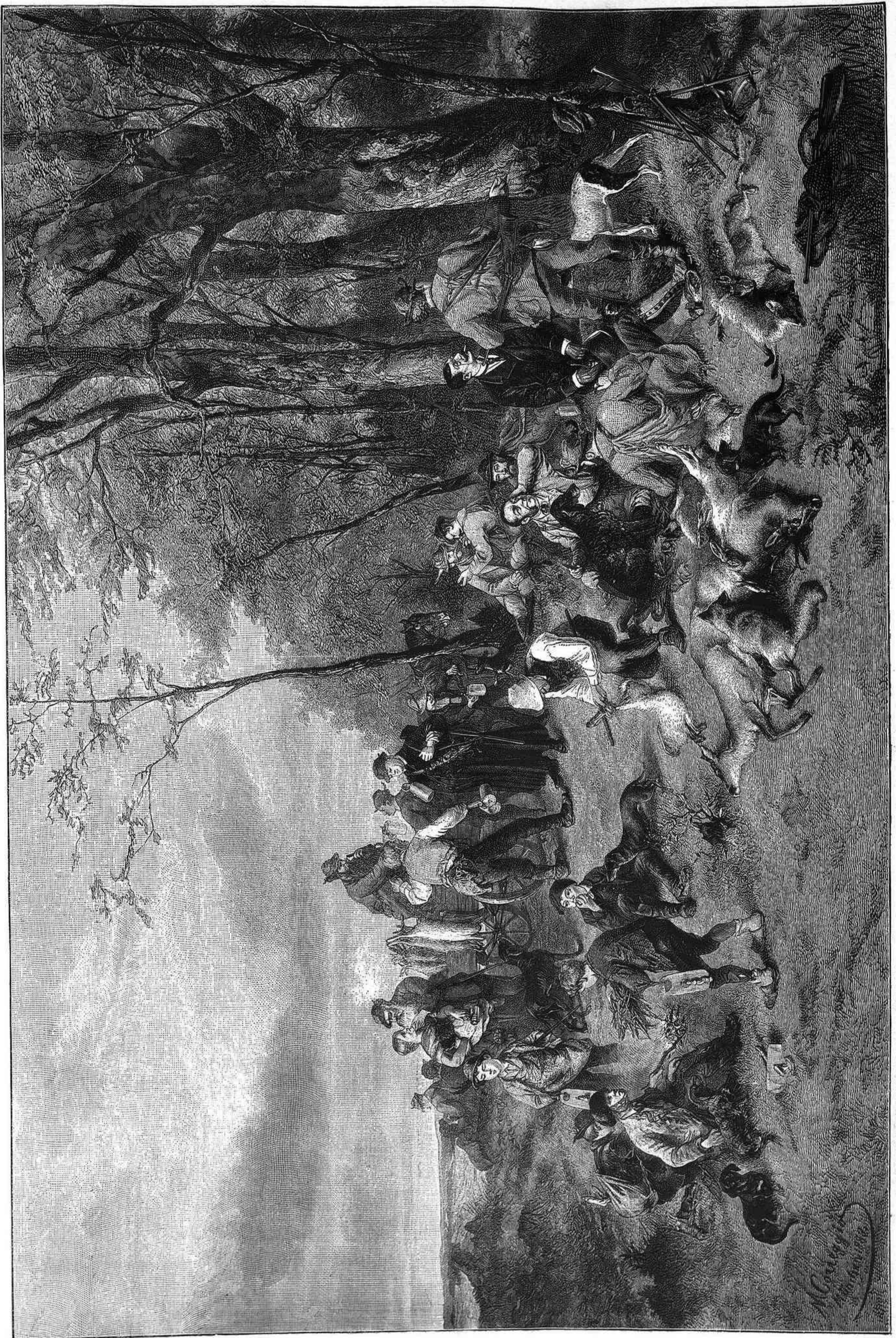
(1) Debo hacer constar aquí (ó *debo constatar aquí*, como han dicho algunos académicos de la Española en plena sesión pública, y, por ende, en letras de molde), que en *Andalucía*, y singularmente en la provincia de Cádiz, es lo más común llamar *adivinas* á las *adivanzas*, aunque no lo consigne así nuestra Academia, y según hace tiempo que lo tengo sentado en mi *Diccionario de Andaluces*, todavía inédito.



ENTRE PATOS, cuadro de José Berres



MUERTE DE ABEL, CUADRO DE C. GEBHARDT



LA REUNIÓN DE LOS CAZADORES, cuadro de M. Correggio

Desde entonces hizo-se proverbial en Cádiz el aplicar semejante dicho á toda corporación en que ingresan personas ineptas.

Todos aprobaron el relato de aquella respetable señora, sin caer en que su ejemplo no era admisible, por cuanto faltaba á las leyes de la propuesta, que exigía la inclusión de un número en una locución proverbial, como prueba de la influencia que ejerce *La Aritmética en la Paremiología*, hasta que yo lo advertí. Defendióse la preopinante lo mejor que pudo, y aun defendióla el *academólogo*, en la esperanza que, siquiera tibia, alimentaba de poderla tener á su lado en la cuestión de *casaca* respecto de la hija de su hija; pero yo, que desde niño *no me he ahorrado ni con mi padre* cuando se trata de defender los fueros de la verdad, pese á quien pese, y caiga el que caiga (aunque no pocas veces haya podido pesar á mis intereses, y sin querer acabar de *caer de mi burro* en lo

tocante á que para hacer negocio en el mundo no hay mejor receta que tener poca vergüenza y menos conciencia), insistí en que la cualidad de *bastantes* que se presentaba por la parte contraria como suficiente á expresar una *cantidad*, era tan vaga é indeterminada, que no podía representarse á la vista por medio de guarismos; y que sien-

do así que la *Aritmética* representaba la cantidad por medio de *números*, y no existiendo la expresión de estos en la frase debatida, no había lugar á su admisión. Asintióse entonces por la mayoría á mis reparos, y, en su consecuencia, quedó resuelta á favor mío la cuestión que promoviera el presente paréntesis; cerrado el cual, conti-

aquí al lector, por si no lo sabe, ó recordárselo, si lo ha echado en olvido, que por aquel entonces se acababa de estrenar en Cádiz la zarzuela de *El Tío Caniyitas*, que alcanzó la repetición de ciento y tantas representaciones consecutivas, aunque en rigor, sobre todo musical, no las mereciera, de cuya letra quedaron algu-

nó el relato interrumpido.

— Ya ve V., — terminé diciendo al envidioso *academólogo*, — que aquí no se trata de abrigar prevención contra nadie, sino de administrar justicia seca; ¡ojalá nunca fuera mojada!

— ¡Eso no ha sido más que una broma!

— exclamaron varias personas; y continuó el acto, dirigiéndose el consabido sujeto á un *chicuelo*, que, al verse apostrofado, dijo sin pararse en barras, señalando á un hermano suyo bastante mayor que él, el cual tenía fama de *tragaldabas*, y, tal vez por no desmentir el refrán de que *el mucho comer embota los sentidos*, pasaba entre sus conocimientos por *no haber inventado la pólvora*. En conclusión, el referido chico, que *podía contarle los pelos al diablo*, se expresó, con el descaro del mundo, en los siguientes ó parecidos términos:

— *Este es el Niño Zangolotino del Tío Caniyitas.* —

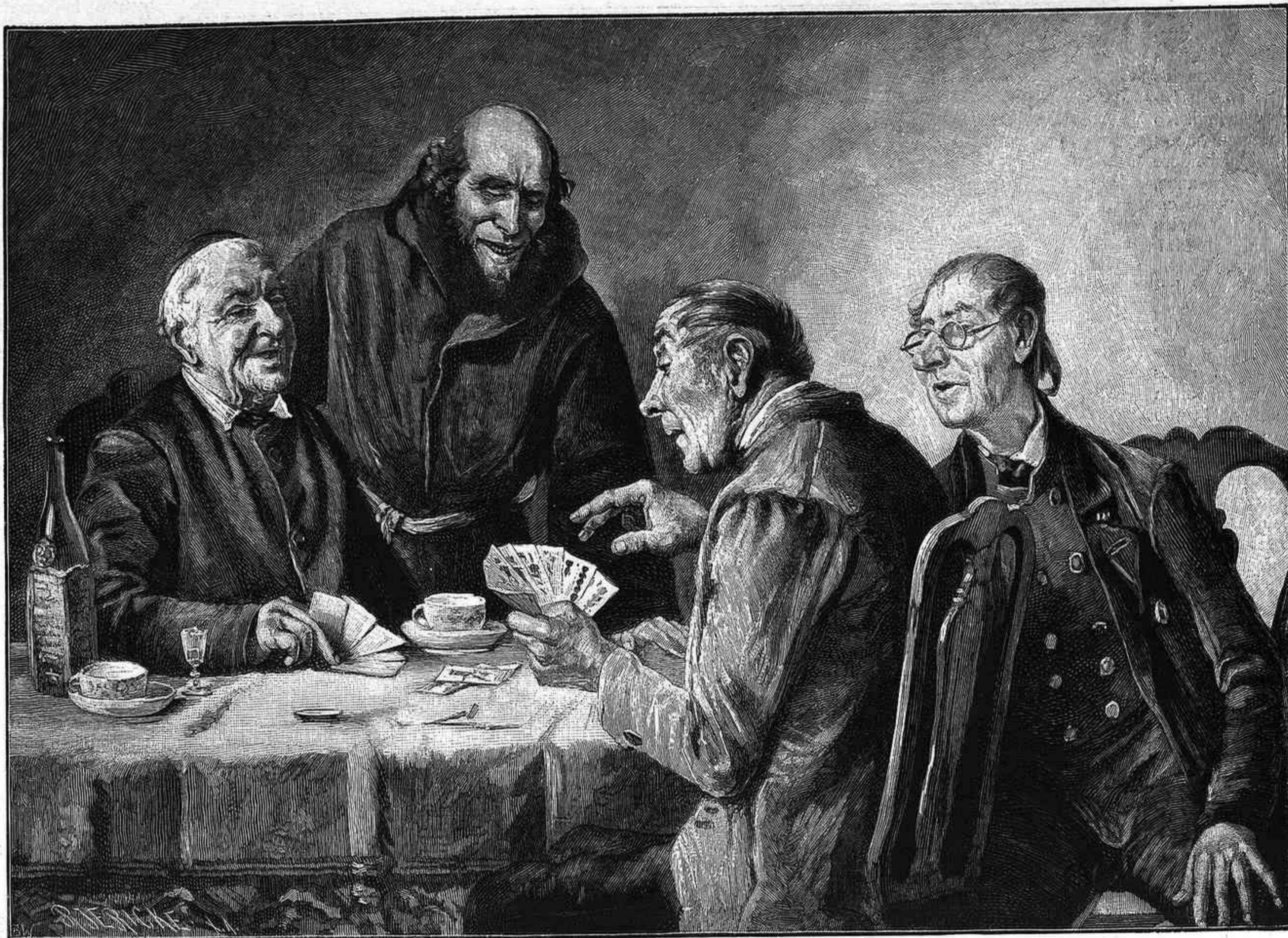
Fuerza es advertir



VISTA DEL CASINO Y PASEO DE MONTE CARLO



LA LECCIÓN DE CANTO, cuadro de Hugo Achmichen



UN PARTIDO DESIGUAL, cuadro de A. Zimmermann

nas locuciones en proverbio en boca de mis paisanos. Una de ellas fué la susodicha, aludiendo el rapaz á los versos siguientes:

- El niño Zangolotino es este.
- ¡Ja, ja, ja, ja!
- Mirar que retotoyo; se come, para almorzar, cuarenta arrobas de corcho y una bota de alquitrán. Cuando tose, se menea er peñón de Gibartá. ¡Qué sé menistro, y es tonto!

Pues bien, la circunstancia de las cuarenta arrobas de corcho y la de una bota de alquitrán fué lo que salvó al rapaz de la crítica universal que se le echó encima exigiendo *prénda*, en atención á no haber expresado número alguno en su enunciado. Pero el chico, que según llevo dicho, era más listo que Cardona, replicó sin titubear:

- Aquí se ha exigido, al sentar la propuesta, que cada ejemplo ha de envolver en sí, ya *explícita*, ya *tácitamente*, algún número; es así que de unos cuantos meses á esta parte no se cae de la boca de ningún gaditano la frase susodicha para motejar á alguno de comilón, como le sucede á mi hermanito de mi alma, y que tras de *el Niño Zangolotino* se columbran las *cuarenta* arrobas y la *una* bota del pico, luego me he servido de una alusión, de una referencia, hallándome por lo tanto comprendido en las leyes de la propuesta, que es lo que se trataba de demostrar. -

Como la criatura apenas contaría unos once ó doce abriles, todas las viejas, y más de una polla, se lo comieron á besos. El chico, á la verdad, daba grandes esperanzas, y si vive y ha seguido creciendo en talento á proporción de los años, tiene que ser forzosamente un monstruo de naturaleza. Nada he vuelto á saber de él, así como tampoco de *el Niño Zangolotino*, por lo que no puedo asegurar de éste si llegó á ser ministro, académico ó cualquier otra cosa, lo que nada me sorprendería, porque... se dan casos.

En conclusión, pues se necesitarían muchas páginas para *pintar con todos sus pelos y señales* la sesión que nos ocupa, allí salieron á relucir, entre multitud de otras que no recuerdo, las frases siguientes:

Tener la cabeza á las tres. - No hay más bronce que años once. - Tres hijas y una madre, cuatro diablos para un padre. - Tomar las once. - Con sus once de oveja. - Al cabo de los años mil, vuelven las aguas por dó solían ir. - Seguir en sus trece. - Andar buscando cinco pies al gato, etcétera.

Impusieronse las penas oportunas á los respectivos infractores, y pasadas algunas noches se celebró otra reunión en que se trató de *refranes músicos*, de la cual daré cuenta en otra ocasión, á fin de poner término á los *juegos celebrados por medio de la Paremiología*.

JOSÉ MARÍA SBARBI

VIAJE Á FILIPINAS
POR EL DOCTOR J. MONTANO
(Continuación)

IV

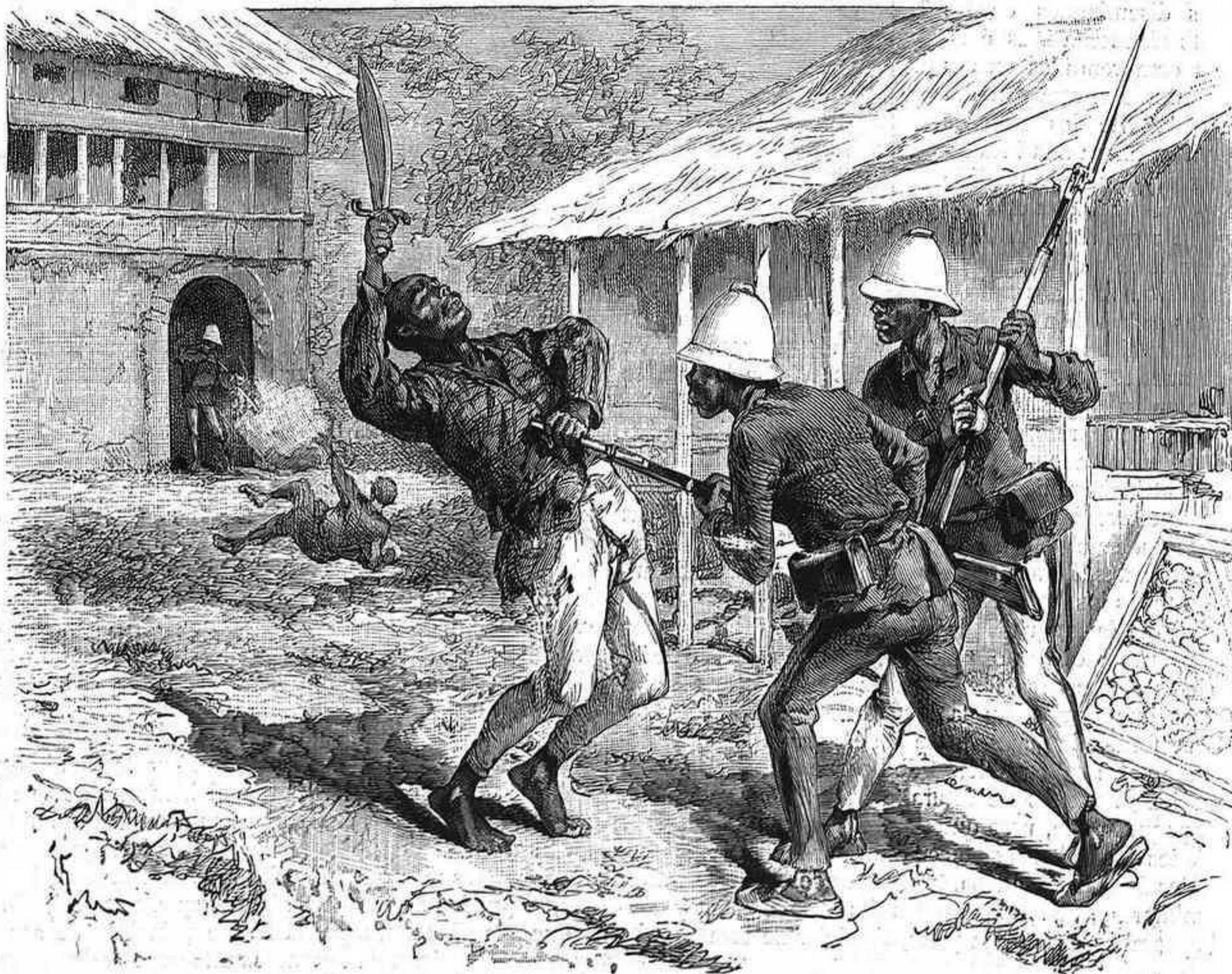
Isla de Joló

15 noviembre. - A medio día seguimos el diámetro de la semi-circunferencia formada á babor por las islas Bututúa, Tóngquil, Balanguingui y Simia; y muy pronto costeamos la isla de Joló cuyas altas montañas están cubiertas de vastas praderas circuidas de bosques. Aunque tengo un buen antejo, sólo diviso alguna rara vivienda; pasa-

mos por delante de Paticolo, punto donde desembarcaron las tropas españolas el 22 de febrero de 1876; y á las 6 anclamos al noroeste de la isla, en la rada de la ciudad española (1).

Esta pequeña ciudad es del todo nueva, y si el ilustre Dumont de Urville volviera á la rada donde ancló en 1839, quedaría sin duda sorprendido, tanto por el aspecto de los lugares, como por la acogida que se le haría.

Aquí son necesarias dos palabras sobre historia. Joló, centro comercial, político, y sobre todo religioso, es en rigor la Meca del extremo Oriente. La sultanía de Joló, una de las de fundación más antigua, pues data de la época en que el islamismo se propagó en el norte de la



Viaje á Filipinas. - Episodio del ataque de los juramentados

Malasia, sufrió muchos cambios de fortuna, crisis terribles de las que siempre pudo salvarse. El régimen político era lo que aun es hoy: una oligarquía de *datos* (señores feudales), sometidos más ó menos formalmente á la autoridad suprema del Sultán. El comercio, el proselitismo

mahometano, y sobre todo la piratería, absorbían la actividad del reino; pero estas empresas no se llevaban á cabo sin graves conflictos con las fuerzas holandesas y es-

(1) Los naturales la llaman *Tiangi* (el mercado).

pañolas. Los naturales, piratas en el alma y buenos marinos, asolaban continuamente las costas de las islas Bisayas (1), arruinaban los pueblos y reducían á sus habitantes á la esclavitud. No hace mucho tiempo que el profesor Semper, hallándose al nordeste de Mindanao, sólo debió á un retardo casual el no ser cogido por los barcos procedentes de Maibun.

Veinte veces España había enviado expediciones contra Joló, y casi siempre volvieron victoriosas, después de librar á los indios cautivos é imponer al Sultán tratados solemnes. Cuando se incendiaban sus pueblos y se echaban á pique sus barcos, los titulados señores feudales, reunidos ante los cañones españoles, juraban someterse á las exigencias del vencedor; pero los compromisos se violaban invariablemente. En estos mares erizados de escollos, cuyas cartas geográficas son incompletas aún, y donde los cruceros permanentes se ven siempre contrariados por la regularidad de los monzones, los ligeros *praus* navegan tan bien con remo como con vela, y por lo tanto tienen mucha superioridad. Apenas se retiraban los españoles, la piratería comenzaba de nuevo, con el impulso de una industria ávida de reparar sus pérdidas. Desde hacía algún tiempo, los sultanes parecían comprender la superioridad de España, así como la derrota irremediable con que les amenazaba la civilización; y sin duda hubieran querido respetar más sinceramente los tratados consentidos, pero faltábales fuerza para ello, pues su autoridad no tenía valor sino para exigir la tercera parte del botín de sus súbditos, tributo pagado siempre religiosamente. Erales además imposible vigilar bien á todo un pueblo de datos diseminados en las ciento cincuenta islas é islotes comprendidos en sus dominios. Por otra parte, la autoridad de los sultanes debía su fuerza á la idea religiosa, y hubiera perdido todo prestigio al tratar de que se respetase á los pueblos católicos de las Filipinas. Esos soberanos tan terribles se hallaban en reali-

dad sometidos á sus vasallos, y érales forzoso tolerar continuas exacciones, por más que previesen las fatales consecuencias que debían resultar (2).

El 29 de febrero de 1876, el ejército español, que había desembarcado siete días antes en Paticolo, hallábase en los atrincheramientos de Tiangi; la escuadra se había situado convenientemente en la rada, y por la noche, las llamas que se elevaban sobre la ciudad, de la cual huían los habitantes, iluminaron el pabellón de España, flotando en todos los fuertes.

Hoy día, la antigua ciudad destruída por el bombardeo ha desaparecido. Los oficiales españoles del cuerpo de ingenieros cegaron los fondos bajos con una parte de las colinas que dominaban la ciudad mora; y en el terreno que se formó, la mayor parte de él ganado al mar y dominado por montañas llenas de bosque, de setecientos á ochocientos metros de altura, elevase la nueva ciudad, muy pequeña aún, pero que tiende á ensancharse.

Todos los trabajos se ejecutaron por los indígenas sometidos á alguna condena, representados por tres clases: los militares, que forman compañías disciplinadas y contribuyen al servicio de la plaza, sin dejar de tomar parte

(1) Negros, Cebú, Leyte, etc. Cálculase que hasta en estos últimos tiempos se llevaban anualmente de las Filipinas, y hasta del golfo de Albay, á pesar de hallarse tan lejano, cuatro mil cautivos por término medio.

(2) Después de la expedición del *Astrolabio* y las de Wilkes, el contraalmirante Mouchez, hoy director del Observatorio de París, que en 1842 trazó el plano de la rada de Joló, no obtuvo mejor acogida que los navegantes que le precedieron.

en los diversos trabajos; los deportados, detenidos en virtud de medidas administrativas; y los presidiarios.

La guarnición se compone de unos quinientos hombres, pertenecientes al cuerpo de ingenieros y á la infantería indígenas, mandados por oficiales españoles.

Al desembarcar en Joló, encontramos la ciudad en pleno período de creación, por lo cual no es fácil encontrar alojamiento; pero al fin hallamos uno, gracias á las atenciones del señor coronel D. Ventura Nuño, gobernador interino, y los PP. Federico Vila y Juan Carreras. Las calles, medio construídas, presentan una animación extraordinaria; las tiendas de mercaderes chinos están llenas de gente que pide informes, y no se puede dar un paso sin hallar centinelas, que llevan bayoneta calada.

Se espera á los juramentados.

El sultán de Joló se ha sometido al protectorado español; y no sé si la tranquilidad y el bienestar de que goza (3) le parecerán preferibles á una autoridad nominal y siempre perturbada; pero mucho menos inteligentes, y de todos modos más perjudicados en sus intereses, los datos no pueden soportar un régimen que, manteniendo en jaque á la piratería, agota la fuente principal de sus recursos. Su resistencia encuentra un apoyo poderoso en la inquietud de los panditas (sacerdotes mahometanos), amenazados por la vecindad de España y de sus misiones católicas. La sumisión es por lo tanto insostenible á los datos, que no retroceden ante ningún medio para luchar

(3) España le pasa una renta de 12000 pesos anuales, cuyo capital se evalúa en 300,000.



Viaje á Filipinas. - Cadáveres de los juramentados reunidos después del ataque

contra la dominación española, secundándoles sus súbditos de un carácter muy aventurero y belicoso, acostumbrados en todo tiempo á los caprichos de una autoridad mal reprimida. Las leyes seculares de Joló, por otra parte, facilitan el reclutamiento de hombres dispuestos á las empresas temerarias; según estas leyes, el deudor insolvente, así como la familia, llegan á ser propiedad de su acreedor; y la indiferencia de estos malayos es tal, que á sus señores no les importa hacerles contraer deudas del todo desproporcionadas con sus recursos. El desgraciado deudor no se pertenece ya, y su familia puede estar diseminada en los cuatro ángulos del Archipiélago; con frecuencia se ofrece al padre rescatarla á costa de su vida, si quiere perecer inmolarlo el mayor número posible de cristianos; si el deudor acepta, debe jurar; y entonces ya está todo concluído: es *sabil ó juramentado*.

Los juramentados saben muy bien que si consiguen introducirse por sorpresa en la ciudad española deben renunciar á toda esperanza de escapar, pues siempre hay en la rada escampavías y cañoneros, y al menor grito de alerta, sus embarcaciones llegan á la playa. Por la parte del campo, una torre y dos fuertes desafían toda empresa aventurada, batiendo el pie de una alta empalizada que no se puede franquear sino por las puertas, cuya custodia está confiada á vigilantes centinelas; y para mayor precaución, á cada veinte pasos, á lo largo de dicha empalizada, hay grandes garitas, en cada una de las cuales hay cuatro hombres, siempre con las armas preparadas.

La muerte es de consiguiente segura para todo juramentado, y por lo mismo, tal vez alguno de ellos se arrepentiría de su imprudente promesa; pero el caso está previsto. Apenas los miserables constituyen el número deseado, los panditas los reúnen para someterlos á sus acostumbradas prácticas. Entonces comienzan los ayunos, las excursiones solitarias á los bosques desiertos, las oraciones en las tumbas de los juramen-

tados difuntos, á la claridad fascinadora de la luna; y las largas predicaciones que detallan en términos seductores las delicias del paraíso de Mahoma. Después, cuando los súbditos llegan al grado de excitación suficiente, y sólo entonces, se les lanza á la ciudad española.

Una conspiración que interesa siempre á varias familias, y que exige formalidades tan prolongadas, no puede mantenerse secreta, por más que se haga; y el demonio de la avaricia, con frecuencia más poderoso que el del fanatismo, desata muchas lenguas. El gobernador de Joló recibe casi siempre el informe sobre la inminencia de un ataque; pero no se le puede indicar el momento preciso, porque los mismos juramentados lo ignoran. Llegamos á Joló en uno de esos momentos sospechosos; témesese un ataque, y es preciso estar alerta.

Así me lo recomienda, por lo menos, al darme estos detalles, uno de mis vecinos, valeroso capitán, que ha visto ya varias veces á los juramentados. «No bajéis nunca á la calle sin el revólver, — me dice, — y sobre todo, guardaos muy bien de franquear la empalizada.»

Sin embargo, no viendo venir á nadie, y deseoso de buscar algunas plantas, salgo una mañana, en compañía de Juan, mi muchacho, cobarde como una liebre cuando está solo, pero susceptible de dar pruebas de valor á los ojos de un europeo. Esta excursión me permite adquirir algunas nociones sobre la estructura geológica de la isla.

El archipiélago de Joló se extiende desde Borneo á Mindanao, en una cadena de islas situadas en las cimas del relieve submarino.

(Continuará)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN